

ROBERTO BRENES MESÉN

HACIA NUEVOS UMBRALES

Et si je n'avais ma boussole
Je ne saurais pas où je vais.

V. Hugo.—*Les Feuilles d'Automne. LX.*



IMPRESA ALSINA
SAN JOSÉ DE COSTA RICA, C. A.
1913

impreso en Setiembre de 1913

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
Ex Voto.....	IX

CERCA Y DISTANTE

Cerca y distante	3
En tu ausencia	6
Mes de Mayo	7
A la distancia	9
Serenata	10
Aroma	11
Balada íntima	12
Senderos de nieve	13
Bello rayo de sol	14
Tarde dorada	16
Ilusión	18
Viejos idilios	19
Alucinación	21
La alameda	22
Suspiro del aire	23
Rumor	24

TRADUCCIONES DE STECCHETTI

	<u>Pág.</u>
Devolución de un rizo.....	27
Enfermo.....	28
Porque callabas.....	29
Octubre.....	30
Deseo.....	31
Flores de tumba..	32
En un balcón.....	33
Lejana ausente.....	34

LA MUERTE DEL LIRIO

Y OTROS POEMAS

La muerte del lirio.....	37
De tarde.....	41
La ola y el viento.....	44
Salomé... ..	47
La losa en el jardín.....	50

VOCES DE SOLEDAD

Voces de soledad.....	57
Hora de tormenta.....	59
Soledad y Silencio.....	60
Plegaria a la mañana.....	61
En la avenida.....	63
El paso del viento.....	65
En el desierto.....	67

	<u>Pág.</u>
Trébol de olvido	69
El árbol herido	72
Marina ponienta!	74
Ansias	75
Tregua	76
Por qué?	77
Elegía	79
La planta enferma	81
El árbol poeta	84
Ultimo adiós	86

OFRENDA

La ofrenda	91
A mi maestro	93
La voz de Magdala	95
Lámpara votiva	97
Despiértate, pastor!	99
Ruinas	101
Aurora	103
Relámpago divino	104
Briznas de césped.....	105
No ha muerto Pan.....	106
Las cosas	107
El Fauno duerme.....	108
Pescadores.....	109
Las canteras	111

EX VOTO

Juventud de mi país, os entrego un libro de versos nacidos en el huerto que mi soledad cultiva.

Serán generosas vuestras manos para recibirle. No impetro vuestra benevolencia para juzgarle. Estimo en justicia lo que os doy y una palabra de alabanza nada añadirá a su valor; una frase de censura no cegará la fuente de amor que ritma sus murmullos en el concierto de las bellísimas Musas, a quienes invito, por mensaje del Silencio, a concurrir a mi huerto de Soledad.

Os lo entrego con esta serena dulzura de quien sabe que le recibiréis con la pacífica tranquilidad de los que no pueden odiar, porque no temen ni envidian, seguros de que en el océano sin riberas del

pensamiento cada alma puede lanzar su nave hacia las aureas Hespérides que surgen de los abismos para galardón de los osados tripulantes.

Hacia nuevos umbrales, hacia solitarias islas de esmeralda he arrumbado mi barco y en la indefinida extensión de las aguas, el alcionado vuelo de un ave, el canto sirenado del viento o de la ola, el rumor de la sirte, el adiós de pañuelo de la ausencia, el cántico de Eros, el virgiliano y misterioso grito de resurrección de Pan, la reverente devoción por los grandes Pilotos de las Altas Naves, todo cuanto vibró en el mástil, o tremió en la vela o retumbó en la quilla de mi esquife, todo, generosa Juventud, aquí os lo entrego, mientras os doy, con la complicidad del tiempo y el auxilio de Ellos, el Regreso de los Dioses desterrados.

Costa Rica

15 de Setiembre de 1913.

CERCA Y DISTANTE

CERCA Y DISTANTE

Cerca y distante, como una luna fría
en la tumba de cristal de una sombría
fontana; cerca y distante tu alma siento
reflejándose en el fondo de la mía,
como una luna ideal de pensamiento.

Tu mirada, al derramarse en mi existencia,
va colmando mi persona de una esencia
de azucenas recogidas en el campo,
cual se llena de una blanca refulgencia
una estancia oscura herida por un lampo.

Una tibia noche de estas, con la luna
encendida en sus cabellos, trájome una
serenata de recuerdos al jardín;
*fue como si en él se hubiese roto alguna
fuente de aromas de nardo y de jazmín.*

Con tu traje de alba luna entre las plantas
florecidas, el laud de las gargantas
de los lirios escuchaste ante tus pasos,
como un diáfano perfume que a tus plantas
te pidiese agonizar entre tus brazos.

Como un árabe dormido en el desierto
que un rumor de huracán deja despierto,
el silencio recogió su blanca tienda,
y en el aire de plateada seda, muerto,
el trinar de un ruiseñor llegó a la senda.

Tus dos manos refugiadas en las mías
se callaban, y sentí todos los días
de un pasado de recuerdos y pasión
por mis venas ascender y en ondas frías,
como aurea arena, colmar mi corazón.

La blancura de tus manos de azucena
con las hebras no tejidas de la buena,
de la casta luz lunar, entretejió
en mi espíritu la cándida cadena
de pureza y de ilusión que a tí me ató.

Y el recuerdo sin fulgor de tu presencia
se durmió en el vaso ideal de mi conciencia,
como duerme en el florero de cristal
una flor embalsamada con la esencia
de un ensueño arrebatado a lo inmortal.

Pero a veces, tu persona, como un ave
de alas blancas por el cielo, pasa grave
por el cielo de mi vida, muy despacio,
como entonces esta luna, por la nave
trasparente, siempre anclada, del espacio.

Heredia, 23. IX. 1907.

EN TU AUSENCIA

Es un pétalo blanco de magnolia
sobre la oscuridad de una tristeza
tu mano, de blancura de paloma,
poniendo una caricia en mi cabeza.

Murmurándome alguna gentileza
tu enamorado arrullo de paloma
es una dulce música de alondra
fluyendo en el jardín de la Tristeza.

Se queda el cielo, al despertar la aurora,
en un huerto de rosas convertido;
así, con tu recuerdo, mi memoria.

Como un ciego crepúsculo, perdido
entre los corredores de la sombra,
así, mi alma angustiada, si te olvido.

New York. 1912.

MES DE MAYO

Ella es un mes de Mayo,
un bello y casto rayo
de luna hecho mujer.
Como una dulce y grave
y lenta nota de órgano
su andar es lento y suave;
avanza como nube
en un crepúsculo aureo;
cuando se aleja sube
como un ideal distante,
cuando se acerca llega
sonriendo, como amante
de un inmortal amor,
como el alma inocente
de un florido jardín
que pasa bajo un puente
de suspiros en flor,
olientes a jazmín.

Un bello mes de Mayo
desnudo ante la playa
del esplendor del día,
eso es el fúlgeo rayo
de su fugaz presencia
dentro del alma mía.

Mas ya incendió sus naves
mi corazón y nunca
regresará a las costas
de la isla de ese amor;
sólo las lentas aves
de los recuerdos de ámbar
en los salientes mástiles
arrullarán de amor.

San José, 10. Nov. 1911.

A LA DISTANCIA

Yo siento tu perfume
en mí, como un incienso,
cuando mi alma se sume
en tu alma y en tí pienso.

Oigo la limpia plata
de tu hondo pensamiento,
como una serenata
de paz y de contento.

Mi soledad te mira
junto a mí, te presente,
y a veces aun suspira
cuando besas mi frente.

Me amas y también te amo
cielo azul, tarde en calma:
tu vives como un ramo
de rosas en mi alma.

7 Oct. 1911.

SERENATA

Hay blanca serenata
de luna en el ambiente;
está labrada en plata
la Noche, de alba frente.

Para ofrendar la grata
delicia de un presente
de amor, fuente es de plata
la Noche refulgente.

Sus brazos de alabastro
se tienden hacia el astro
de todos los amores,

vertiendo en los jardines
la albura y los olores
de un llanto de jazmines.

21 Nov. 1911.

AROMA

Es tu recuerdo un árbol florecido,
de sombra embalsamada,
en el nevado parque del olvido.

Cuando junto a él se tiende enamorada
como una dulce amada
en traje azul tu diáfana memoria,
las aguas de la fuente
donde las horas cuentan sus momentos,
se aquietan y se callan
mientras sienten pasar mis pensamientos.

Saturada de amor se encuentra mi alma.

Benjuí, nardos, esencia
de los bosques y rosas de los huertos
no tienen el aroma que mi alma
cuando en ella derramo tu presencia

Boston, Nov. 1912.

BALADA ÍNTIMA

Corre el tren por entre el bosque,
a las orillas del lago:
así mi alma también corre
por el bosque del pasado.

Y en el bosque, dulce amada,
es tu imagen alta encina,
y son arpas tus palabras
de sus ramas suspendidas.

Cuando entrecierro mis ojos
esa encina se destaca,
y esas arpas son un coro
de recuerdos en mi alma.

Orillas del Ontario. Dic. 1912.

SENDEROS DE NIEVE

Cubiertos de nieve se ven los senderos
cruzar por el bosque de pinos morenos.
Parecen regados de rayos de luna,
tan blancos, tan puros, sin huella ninguna.
Corriendo por ellos, no siente mis pasos
la selva de pinos calzada de blanco.

Para ir por el bosque de pinos de mi alma
senderos de nieve sirviéronte, amada.
Te siento presente prendiendo tus rosas,
quemando resinas en llamas de aurora
y no hallo por donde pasaste en silencio,
señora de mi alma, visión de mi ensueño.

Guelph, Ontario, Dic. 1912.

BELLO RAYO DE SOL

¿Es una tarde de oro astral, con ojos
de un claro azul de hermosa refulgencia
la que pone esa luz dentro de mi alma?
¿Es el distante sol de tu presencia?
Todo a mi alrededor tiene la calma
de tu tranquilo ser, todo está lleno
del perfume inmortal de tu existencia;
y en el rayo que tiembla sobre el agua
en la tierna esmeralda de las hojas
hay algo de tu espíritu sereno
que vierte paz y amor sobre la tierra.
Tú penetraste silenciosa al seno
de mi ser, como suele el blanco rayo
de la luna colarse en los jardines
al través de los árboles olientes
a fresco musgo, a rosas y jazmines.
Cuando se encuentran juntas nuestras frentes
me envuelve luz sutil, como venida
de las fuentes más puras de la vida,

de un Mayo en flor, de un dulce mes de Mayo.
Donde quiera te miro, bello rayo
de sol, por donde quiera estás, doquiera
se alza el aroma de tu ser como una
quieta noche de amor, blanca de luna.

San José. 1910.

TARDE DORADA

Dora la arboleda
de naranjos en flor!
Aurea también la seda
de la tarde sin sol.

En el discreto banco
sentámonos los dos.
Vino ella en traje blanco
para decirme adiós.

El paso rumoroso
del Tiempo se apagó
en el feliz reposo
de su postrer adiós.

Callamos. Detenido,
como en fugaz sopor,
el Tiempo regó oyido
en nuestro corazón.

Cuando se fué, dorada
por un fulgor de sol,
estaba ella angustiada
y silencioso yo.

La limpia imagen de ella
en mi alma se rompió
y alzó el polvo de estrella
de un recuerdo de amor.

Dorada la arboleda
de naranjos en flor
aun vuelve a mí en la seda
de un recuerdo de amor.

San José, 28 de Nov. 1911.

ILUSIÓN

La araña de oro del encanto trama
una impalpable red en toruo mío:
todo habla junto a mí, todo me llama,
todo me arrastra al inexhausto río
del tiempo y de la vida en cuyas ondas
tu presencia cayó como una isla,
hecha un edén de amor, llena de frondas.
Las aguas de mi vida fluyen claras
cantando de la isla en las riberas
con las frescas gargantas de sus olas.

Cuando la isla no se mira en ellas
ni les esparce sus esencias raras,
para mí se amortajan las estrellas,
naufragan en la noche y quedan solas,
sin alma y sin color y silenciosas,
en la tierra y el mar todas las cosas.

18. Nov. 1909.

VIEJOS IDILIOS

Monogramas esculpidos ha mucho tiempo
sobre la piel, entonces joven, de los esbeltos
árboles, cuentan en este parque viejo
la historia del amor de todo un pueblo.

Es un bosque de nombres,
un bosque de amorosos corazones
vibrando de pasión en sus prisiones
de letras enlazadas y de trenzados signos.

Ya ahora son los árboles ancianos.

Las jóvenes parejas, unidas de las manos,
por entre el bosque vagan, con rumorosos pasos,
leyendo monogramas, adivinando
al parecer, idilios del pasado.

Con sus labios de rosa me besa la ternura
y deposita como un ramo de azahar, en la urna
de mis santos recuerdos un perfume de amor.

Vuelvo en mí. Se ha filtrado un fulgor
de sol a través del velo de oro
con que se viste la Estación de Otoño.
Ya no hay parejas. Fué visión de hadas.
Fueron sombras, las sombras enamoradas
de seres que esculpieron las iniciales de sus nombres
y vuelven a vivir un instante del pasado
enfrente de los árboles que llevan su recuerdo
mas allá del silencio de los hombres.
Ya no hay parejas. Fué visión de hadas!

New York, Oct. 1912.

ALUCINACIÓN

Sentóse en mi regazo;
puso miel en el ánfora de un beso
y anudó la serpiente de su brazo
en torno de mi cuello.

El grato peso
de esa bella mujer se hundió en mi vida.
Sentí en mi pecho un bosque de azahares,
una suave avenida
de aromas y de encajes.
Gozábame en morir y me moría
de amor, con lentitud, con la agonía
de un rojo sol poniente,
sobre un lago de sombra y lejanía.

Fué un recuerdo no más, amada mía,
un recuerdo no más, querida ausente!

1. Nov. 1912.

LA ALAMEDA

Entrega la vieja alameda
su cuerpo flexible a los besos volados del viento,
y desfallecen sus hojas de plata y de seda
en los brazos de un hijo del aire, de un amante la-
mento.

Grada por grada
en la escala de bronce del eco
va saltando la alegre cascada
tras un rumor que es hermano gemelo del eco.

Es la vieja alameda del tiempo vencido
que tiembla de ternura
escuchando la antigua cascada de un amor en olvido
que despierta en la sombra de un jardín de silencio
y murmura.

Heredia. 1906.

SUSPIRO DEL AIRE

Está cincelando el Otoño
en hojas, medallas de oro.
Hay flautas llorando que se oyen
con pena: son dulces gorriones.
El aire, en suspenso, florece
de trinos de amor, se embellece;
son huertos de blancos azahares
los trinos de adiós en el Aire.
Este Aire, en espera, suspira
gimiendo de amor en su lira.
Este aire suspira, en espera
de su único amor: Primavera.

New York Nov. 1912.

RUMOR

Por el arroyo, en la sombra,
bogan siete cisnes blancos;
va en un leve rumor de agua,
como en una barca, un canto,
un pensamiento venido
del alma de un ser humano.

Son los cisnes de la lira,
es el rumor de lo arcano,
es el inmenso infinito
tras el velo de lo humano.

Boston. Nov. 1912.

TRADUCCIONES DE STECCHETTI

DEVOLUCIÓN DE UN RIZO

Estos cabellos tuyos, que te ofrendo,
cuando del viejo cofre los saqué,
quizás tú no lo crees, yo los besé,
tú no lo crees, yo los besé gimiendo.

El eco de tu voz lo estoy sintiendo
temblar en este cuarto en que te amé.
Y tu no los recuerdas ya—lo sé—
los días que vivimos juntos, riendo.

Decías que me amabas, con acento
de verdad, elevando a Dios la palma
de tu mano en señal de juramento.

Sincero fué? Te acuerdas todavía?
Para borrarlo de mi vida, mi alma
besa este rizo de oro y te lo envía.

Heredia, Oct. 1906

ENFERMO

Me duele la cabeza. Estoy enfermo,
en mis venas la fiebre es un tormento,
estoy marchito y débil, flaco y yermo;
mas cuando pienso en tí, cuán bien me siento!

Mas cuando pienso en tí, cesa la pena,
y de esperanza el corazón se llena.

Por no penar quisiera, al fin, morir.
Mas cuando pienso en tí, quiero vivir.

Heredia, Oct. 1906.

PORQUE CALLABAS

En el ambiente de la tarde oscura
flotaba el fino olor del campo arado,
y nos fuimos buscando la espesura
mientras chirriaba el grillo por el prado.

Tu mirar de paloma lo ví alzado,
cual mudo ruego, al cielo constelado;

Yo, que oí las palabras que no hablabas,
me enamoré de ti, porque callabas.

Heredia. Oct. 1906.

OCTUBRE

Muero. Canta la alondra
de firmes alas en el hondo cielo.
Y el tibio sol de Octubre
clarea y rompe de la niebla el velo.

Ebrio de vida un hálito
humeando surge del arado llano.
Muero. Canta la alondra
y se oye apenas un mugir lejano.

Vuestra púrpura alegre,
florillas invernales, no veré.
Ya está mi cuerpo en ruinas....
Mañana a mi balcón no volveré,

Heredia. Oct. 1906.

DESEO

Mujer, quiero morir; mas confortado
con tu diáfano amor,
sentirme al menos una vez amado
sin que me dé rubor.

Quisiera darte el poco que me resta
de mi florida edad,
plegar en tu hombro mi cabeza enhiesta
y no despertar más.

Heredia, Oct. 1906.

FLORES DE TUMBA

Cuando caigan las hojas tú vendrás
en busca de mi cruz al camposanto;
en un breve rincón la encontrarás
con muchas flores de mi tumba al canto.

Despréndelas y adorna tus cabellos
con esas flores de mi ser, Los bellos
cánticos son que medité a tu lado,
las palabras de amor que me he callado.

Heredia. Oct. 1906.

EN UN BALCÓN

Sentada a este balcón, de luz vestida
por las estrellas trémulas, quizás
en la noche distante escucharás
un grito que te da la bienvenida.

Aquí, donde una vez te amó mi vida,
una lágrima un día encontrarás;
creyéndola rocío, te pondrás
en el pelo esa flor humedecida.

Esa gota no es gota de rocío
blanqueada por el sol como el argento,
mas los vestigios son del llanto mío.

Ni pienses que aquel grito lo es del viento,
soy yo que estoy muriendo y que te envío
mi último beso, mi postrer lamento.

Heredia, Oct. 1906.

LEJANA AUSENTE

Suena en la calle un órgano a distancia,
la tarde alada en mi ventana espera,
del campo viene a mi tranquila estancia
un hálito gentil de primavera.

No se por qué me tiemblan las rodillas,
ni por qué el llanto moja mis mejillas.

Poso en mis manos la abatida frente
y pienso mucho en tí, lejana ausente.

Heredia. Oct. 1906.

LA MUERTE DEL LIRIO
Y OTROS POEMAS

LA MUERTE DEL LIRIO

Acuéstame, mamá, sobre las rosas
deshojadas;
acuéstame, mamá, sobre mis sueños,
como sobre una almohada;
estoy yerta y triste como una flor enferma;
se ha muerto para mí toda esperanza.

Acuéstame, mamá, porque me siento
colgando de la vida sobre el mundo de la nada,
como en el campo los flotantes hilos
de las efímeras arañas.

Así estoy bien, mamá. Entrecabre ahora
el cristal de la ventana:
quiero sentir ese jardín fragante
sentado al borde de mi cama,
como un amigo
de la infancia
que acerca a mis narices su pañuelo
empapado de esencias de montaña.

Mamá, dame perfumes,
porque me embriagan:
yo entiendo lo que dicen
las tímidas gargantas
de las flores olorosas.

Mamá, se rizan los claveles y hablan
una lengua penetrante,
en cuyas sílabas de aroma muchas cosas olvidadas
resucitan,
se levantan,
y ríen lo mismo que los niños en tu alcoba
si los despierta el sol por la mañana.

Acércame el florero: me gustan los claveles;
su piel, su cuerpo, su color y su alma.
Es una alma tan serena
el alma de esa flor que nunca engaña!
Mamá, tú crees que hay alma? La tenemos todos?
Si el alma es mariposa, la del hombre es una larva!
—No, sueño mío, tú no piensas! oye:
tu padre...
—Sí, perdóname, tú lo amas!
Te ha comprendido alguna vez mi padre?
Verdad que no?... Tu labio tiembla y calla,
porque teme decir una mentira;
jamás te ha comprendido, alma de mi alma,
tus ojos me lo dicen,
me lo cuenta el silencio de tus lágrimas.
A mí, Luis, no me comprende!...
—Cálmate Blanca!
Por qué te martirizas? Por qué lloras?
Lirio de amor; ten calma!
—No me comprende Luis! Supón, me ha dicho

que las niñas de mi edad no tienen gracia,
que no hay en los capullos
ni un hermano del perfume que se oculta en las
entrañas
de las rosas bien abiertas
a la luz de la mañana;
que las damas de treinta años,
como copas rebosantes de vino de Champaña,
están llenas de luz, están llenas de fuego,
y tienen a sus pies, como a una sierva, la palabra.

Nosotras, las de quince,
no sabemos como se ama,
nos seducen los semblantes
o el color de la corbata:
ignora Luis que toda mi existencia
está suspensa de las aías
de su voz, porque me llega
como de un bosque fresco, con la carga
de tesoros que no he visto nunca,
sino a través del tragaluz de su mirada.
Por ella he descendido
al fondo de una gruta de esmeralda
y sorprendida me venció el encanto
de la lámpara
misteriosa que Aladino ha sepultado
en un rincón desahogada,
sólida y luminosa
como el agua congelada
que duerme en las pupilas del diamante.
Mamá, Luis no me comprende, y no ama
quien no puede comprender, quien no comprende
a la persona amada.

Extiéndeme la colcha,
la colcha blanca;
será mi último sueño
y quiero morir amortajada
para que nadie aje mi cuerpo
ni siquiera con la luz de una mirada.

Dí a Luis, cuando me busque,
que me dormí con la esperanza
de volver a los treinta años!

Deja abierto el cristal de la ventana:
quiero sentir ese jardín fragante
sentado al borde de mi cama,
como un amigo
de la infancia
que acerca a mis narices su pañuelo
empapado de recuerdos y de esencias de aquella
alma.

San José, 1902.

DE TARDE

Un mustio olor de rosas y cipreses
en los rincones del jardín se ampara.
Han temblado en el aire cinco veces,
las horas frescas de la tarde clara.

Junto al muro cubierto de follaje
la pena de una madre busca el hombro
de su hijo amado. El alma del paisaje
parece estar en pie, llena de asombro.

La madre llora y habla. Es un brasero
su corazón, donde el perfume estalla
como un ramo de azahar; es un reguero
de aromas y de llanto. El hijo calla.

*Sí, quítame del alma este tormento,
ya no puedo vivir sin tu presencia

y cada mes, cuando partir te siento,
me da horror el semblante de la ausencia.

«Quisiera que tú fueses campesino
para vivir contigo en mi cabaña!
Cuanto amaría entonces mi destino
habitando los dos esa montaña!»

Y aquella madre se apoyó en el hijo,
como en ciprés la rosa enredadera.
Luego enjugó sus ojos y le dijo
frases de amor, oliendo a primavera.

Pero el silencio las guardó en secreto.
Salieron del jardín, por el camino
de la ciudad distante, con el discreto
paso del que soporta un cruel destino.

Iban del brazo, como dos amantes,
tras los pasos menudos de la sombra.
La madre habló: «Cuán largos los instantes
de mi vida! Quién me ama? Quién me nombra?»

«Cuando te vas la soledad me espera
regando su jardín de pensamientos.
Yo solo sé llorar, como si fuera
un manantial de muchos sufrimientos.

«Todo este campo mi dolor lo abarca
como ahora a este sendero tu silueta».

Y el cuerpo de la madre era una barca
fletada de perfumes de violeta.

Llevó el hijo a sus ojos el pañuelo
para enjugar el agua de su llanto.
«Te hice sufrir, mi bien, mi claro cielo,
perdóname, mi amor, te adoro tanto!

«Yo sé que volverás a estos senderos,
endonde impresas hallaré tus huellas,
que regarán de amor mis limoneros
ante el dulce fulgor de las estrellas.

«Tú volverás, y entonces la alegría
en la arena de luz de mi conciencia
hundirá sus sandalias, y ese día
seré un sol de contento en tu presencia.»

El hijo amado la besó en la frente
y se alejó subiendo la colina.
El pensamiento de la madre, urgente,
voló tras él como una golondrina.

Heredia. 1908

LA OLA Y EL VIENTO

A doña ESTER DE ZELEDÓN

«Día de pereza es hoy» le dice al viento
una ola y con discreto movimiento
extiende su falda verde de ancha guarda
de flojeles de gaviota. El viento tarda
en responder a la ola. Piensa mucho.
Después, abriendo sus alas de aguilucho,
se columpia en las espaldas de la ola,
diciéndole: «Contemplaba el alba cola
de tu falda, salpicada de ficticias
cóleras de espuma, hinchada de caricias
que vaciabas en el seno de la playa
recostada frente a tí. La inmóvil raya
que forma el cristal del lecho de este mar
me hipnotiza y me sugiere un malestar
secreto y hondo, como ansias encantadas
de cruzar las extensiones desoladas
que los hombres aun no habitan, porque ignoran

su existencia. Extensiones en que moran
otros seres invisibles que meditan,
que conocen más que el hombre, que palpitan
con el alma y la armonía de los mundos
que más tarde habrán de ser los Nuevos Mundos
de la mente de los hombres.

Soy el viento;
y en la seda de mis alas va un portento
de energía, va la fuente de los siete
grandes mares que el mortal aun no somete
bajo el domo de la urna de su ciencia;
mi fuerza está hecha de luz y de conciencia.
Cuando soplo suavemente en la ribera
con mi rumbo al horizonte, mar afuera,
se salpica el mar de velas que se llevan
en sus combas los adioses que se elevan
de las manos a los mástiles ondeantes.
Y se alejan de la costa, por instantes,
las velas, como bandadas de gaviotas,
transportando los adioses de alas rotas
que se marchan en la tarde hacia el misterio
de las aguas infinitas, al imperio
de lo ignoto bajo un cielo de esperanza.
Sí aromados van de amor, les doy bonanza.»

Un ceudal de blancos lirios puso la ola
por encima de sus hombros; luego, sola,
cual si fuese persiguiendo un pensamiento,
se echó a nadar tras el vuelo de aquel viento.

Heredía. 1907.

SALOMÉ

A Mlle. RALLI

La luna se levanta de su lecho
de ámbar, como una blanca flor de plata.
Se oye la voz de Juan en la cisterna
donde habrá de morir y en el palacio
la virgen Salomé, de blanco pecho,
desde el brocal de la cisterna le habla:

«Calla, mi bello Juan; tu voz es agua
que hinche cantando el cántaro vacío
de mi ansia de adorar y ya está lleno:
te adoro, Juan, y debo hacerte mío

Quiero mirar tus ojos, dos cavernas
donde se agitan las panteras crueles
de tus miradas, de brillantes pieles,
frescas, como si fuesen dos cisternas.
Quiero hundir los jacintos de mis manos

en tus guedejas de león rugiente
y vagar por la tarde de tu frente
sintiendo en su interior esos arcanos
de pensamiento que turbaron mi alma.
No se yo cuántas noches escondidas
en tu melena están ni cuántas vidas!
Tu cuerpo tiene una altivez de palma
y me parece un templo, un bosque denso
lleno de blancos ciervos y azucenas,
un bosque de belleza ideal e inmenso
donde no hay aves que lamen penas.
Tu rostro es un vergel donde se siente
un suave olor de mirra, es una fuente
murmurando en sus tazas de esmeralda
las palabras bellísimas de tu alma.»

Y fuese Salomé, con pasos tardos,
soñando en la expresión de la cabeza
de aquel profeta y murmurando quedo:

«Como el tallo flexible de los nardos,
bajo el peso del ala de la brisa,
se plegará a mi encanto su fiereza.»

El ópalo lunar de una sonrisa
brilló en sus labios y sus verdes ojos.
Un velillo de púrpura en la frente
de la luna roció de tintes rojos
la terraza de mármol del palacio,
las notas de la cítara del viento
y las rosas de plata en los jardines.

Es una estrofa musical que danza
sobre la alfombra Salomé, y se siente,
en el ritmo gracioso de sus miembros,
el canto de la voz de los violines.

De pronto surge, en la argentada fuente,
la cabeza de Juan con nimbo de oro.
La danza se congela en la silente
nieve de luna del palacio blanco,
y un suspiro de amor con sus dos alas
de perfume y pasión cruza las salas
del rey Herodes.

Salomé se yergue.
Como dos copas diáfanas, henchidas
del divino licor de una plegaria,
alza sus ojos al supremo albergue
del misterio y de la última esperanza.

Turbada el alma, la princesa danza.

Sus pies, de una blancura de paloma,
parecen, desliziéndose en la alfombra,
la plata de dos rayos de alba luna
sosteniendo el encanto de una sombra.
Y vuelve a hablar, y sus palabras tiemblan
bajo el peso infinito de su aroma.

«Ya estás en mi poder, bello profeta,
puedo beber el filtro de tus besos
en esa copa de coral que no habla
y bañar el martirio de mis manos

en el agua lustral de tus cabellos.
Ya estás en mi poder, bello profeta,
y puedo oír, con mis abiertos ojos,
la música divina de tu rostro.
Para huír por la tarde de tu frente
con la ronda de fieras de mis sueños
pedí que la mañana y mediodía
quedasen separados de la tarde.
Por eso estás conmigo, cumbre fría
de torre sin piedad que vino al suelo
como una rota flor y un don del cielo,
para el postrer amor de esta princesa.
Mirándote, profeta, yo me postro
para escuchar, con mis abiertos ojos,
la música divina de tu rostro.»

Y el cántaro de rosas de su vida
se volcó sobre el agua de la muerte
para aromar las aguas de otra vida.

San José. Dic. 1911.

LA LOSA EN EL JARDÍN

*There is a sepulcher
in every garden.*

H. W. BEECHER

Desde la puerta del jardín la miro,
como espiga de luz entre las flores,
encendiendo la arena de zafiro
al paso de los límpidos fulgores
de sus ojos serenos.

Se desliza
con lentitud, como una joven brisa
en seguimiento de la tarde augusta,
y allí donde se para hay un suspiro
de admiración por su belleza rubia.
Todas las plantas la contemplan irse
con el secreto duelo de la ausencia
y hacen por ello más sutil la esencia
de la música ideal de sus aromas.

Las hojas miran con ocultos ojos
de insecto las imágenes esbeltas
de esa mujer con un semblante de hada
y haciendo más brillante la esmeralda
de sus espejos a temblar se ponen
con mil reflejos de pequeños soles.

En los arriates hay verdor de césped
y moradas ojeras de violetas
que han llorado sus sueños de jacinto
con sollozos de aroma para el huésped.
Cuando ella pasa hay música de flautas:
el aura mansa acariciando sedas
y rasos en los bustos de las rosas,
en los dedos de blanca estefanotis,
en el talle ondulante de los lirios,
en las fieles memorias del miosotis.
Lleva una lira esa mujer en su alma
y el encanto infinito de las cosas
levanta su inefable melodía
en la lira de amor de su alegría.
El chorro de agua que acompasa al tiempo
presta humedad a las joviales horas
que habitan el jardín durante el día
y da profundidad al pensamiento
que remonta en la barca de la noche,
con velamen de luna, el ancho río
de la meditación de altas riberas.
Y pasa junto al chorro y se detiene
a contemplar botones de camelia
donde las fuerzas de la tierra abrazan
las fuerzas de la luz, las hebras de oro
y de plata, de nieve y de inocencia,

para tejer los pétalos de raso
de esa armoniosa maravilla blanca.
Mira la savia, como virgen grácil,
llena de aspiraciones, ascendiendo
de la oscuridad hasta el follaje
en donde el aire de cabellos de oro,
de frase embalsamada, la acaricia
poniéndole color sobre la frente.
No hay un rincón de ese jardín que calle:
todo parece musitar palabras
de amor y de alabanza en su presencia.
Pero ella pasa, recordando, amando,
como un pensamiento de la ausencia
por el azul de una memoria amante.
Pero ella va, por el jardín de su alma,
a la luz de crepúsculos perdidos,
viendo nacer las maravillas blancas
al borde de su dicha murmurante.

El inexhausto surtidor del tiempo
regando en su cristal perlas de instantes
la ha visto muchas veces, en la sombra,
escuchando la plata de las risas
de las más bellas, las más limpias horas
que en juego con las alas de las brisas,
prendidas en sus hombros de inocencia,
huyen danzando hacia la quieta dicha
coronadas de azahar y de jacinto.

Pero una noche, recorriendo arriates,
en medio de una atmósfera de luna,
la joven tropezó con una losa

de yerto mármol, sobre fresca tumba.
Un dulce ¡ay! de mortal melancolía
cruzó el jardín, bajando de la altura,
como una rauda golondrina oscura.
De dulces ayes se pobló el ambiente,
como de rosas mayo, y con la frente
apoyada en sus manos de azucena
aquella dicha se deshizo en llanto.

Viene a menudo a su jardín la joven
para llorar sobre la yerta losa.

En su alma hay una cítara doliente
que ante la melodía de las cosas
suspira y tiembla y se desgrana en quejas.
Se pronuncian palabras misteriosas
en los rincones del jardín, sumido
en aguas sin rumor de lento olvido.
Hay como una agonía de palomas
en el rosal, en la camelia, en todo
cuanto tiene color o tiene aromas;...
porque en todo jardín hay una losa
y en toda alma un dolor, como una tumba.

San José, 1 Agto. 1913.

VOCES DE SOLEDAD

A mis hijos.

VOCES DE SOLEDAD

Flota la soledad sobre el abismo
crepuscular de la apacible tarde,
que entra en la noche, como un gris navío
sobre la espalda azul del océano.

El día va acostándose. La tierra
alza las voces de su viejo harmonio
y se extiende una suave melodía
como un perfume por el aire tibio.
Una garganta de cristal murmura
en el riachuelo el canto de una ninfa
y le remedan su canción los ecos.
El sortilegio de la vida me ata
al árbol y a la piedra y al torrente,
y siento que mi espíritu se funde
en todas estas cosas: que yo vivo
en la curva graciosa de la piedra,

y respiro en las hojas de la planta,
y voy cantando en las sonoras liras.
Se ha desbordado mi existencia y fluye
por los ocultos cauces de las cosas
como una sangre ideal, sangre de ninfas,
por las violáceas venas de las rosas.

S. José, 19 Set. 1910.

HORA DE TORMENTA

Alma viril, en tu secreta sombra
vive plantando las esbeltas palmas
de tu interior jardín, mientras la injuria
falso y demente y desertor te llama.

Por qué te levantaste? Acaso no eras
feliz con tu existencia en la callada
mansión de olvido en que habitó tu vida
en los primeros años de tu infancia?

Sufre en silencio la tormenta. Es hora
de tentación y de dolor, pobre alma;
quien desató sin reflexión los vientos
debe mirar la tempestad con calma.

San José, 26 Set, 1910.

SOLEDAD Y SILENCIO

Está en la Soledad toda grandeza
y en el Silencio augusto el alma fuerte:
tan sólo en el Silencio se oye el canto
de la vida viniendo de la muerte.

Casta, como una límpida mirada
en su traje de lágrimas, la estrella
que corona la frente de la aurora
al lado del Silencio es menos bella.

Mi Soledad es un jardín antiguo
en donde hay muchos árboles y bancos,
por donde vago oliendo mis recuerdos
como perfumes de jazmines blancos.

Y en el Silencio, alto como un templo,
arden del pensamiento los fulgores,
como en los ventanales historiados
se incendian los santos de colores.

San José, 30 Set. 1910.

PLEGARIA A LA MAÑANA

Rosea y gentil mañana
que tiendes velos de oro
por donde van tus plantas,
para bañarse en tu oro
las cosas se desnudan
y por la inmensa arena,
ante tu mar sonoro,
desnudas van las almas
que habitan en las cosas,
como las blancas horas,
como las castas rosas.

Rosea y gentil mañana
que vas por nuestro valle,
con tu luciente bata
de transparencia azul,
quemando los perfumes,
incienso y resinas
en blancos pebeteros

de lirios y azucenas;
riega alegría en mi alma
para bañar mis penas,
como se baña en tu oro
el alma embalsamada
de los floridos huertos
junto al rumor del agua.

Penetra en mi alma quedo,
rosea y gentil mañana,
para encender mi huerto
de amor y de esperanza
en la serena lumbre
de tu primer mirada.

Mañana de mi vida,
despierta mis jardines
dormidos al arrullo
de la ilusión del tiempo;
despierta el agua limpia
del manantial recuerdo,
y quédate encendida,
como una rubia aurora,
en mi alma y en mi vida.

San José. 15 Nov. 1911.

EN LA AVENIDA

Es una larga avenida
poblada de esbeltos álamos,
con sus fuentes recitantes
y sus palacios de mármol.
Rientes parejas de amantes
estrechándose en los bancos,
fulgores de sol poniente
de los árboles colgando,
perfumes de bosque antiguo,
rosas desechas en llanto,
todo bulle y todo me habla
un lenguaje del pasado.

Es la ruta de mi vida,
son mis sueños, mis ideales,
mis horas de blanco mármol,
mis castillos en el aire,

mis amores, mi pasado,
mis recuerdos recitantes
como el agua de las fuentes
sollozando en los estanques.

New York, Nov 1912.

EL PASO DEL VIENTO

Ante mis ojos incendió la noche
su tienda azul con esplendores de astros.
Por la solemne catedral del bosque,
a través de las naves, los leopardos
cautivos del silencio iban echándose
en la caverna de la sombra.

Pasos
inciertos de pavor huellan las hojas
del pavimento y un temblor sagrado
desciende de los astros a las ramas.
Ha puesto la quietud sus grises manos
sobre las sienas de la virgen noche
que parece dormir sobre su manto.

La soledad envuelve la alquería
con su silente y amoroso abrazo.

El sueño riega el ánfora de linfas
de hondo reposo en el azul remanso

del quieto valle y la colina muda,
y cada flor silvestre vierte el vaso
de sus perfumes en el limpio ambiente.
De pronto se levanta en el espacio
el grito angusto del clarín del viento;
ya llega el héroe de cabellos largos
con su tropel atronador de toros;
es un pastor de alisios en rebaño
que vuelve de los montes hacia el valle
tañendo su clarín de son preclaro.

Despiértase la noche y lanza un grito
que repiten gimiendo los leopardos
de aquel silencio que dormía en calma.
Por la piel de los troncos centenarios
sube a las hojas el furor del viento
y es un registro de órgano cada árbol.
Hay un rumor sinfónico en la selva
después que pasa el mugidor rebaño
y vuelve el oro de imperial silencio
a percutir sobre el sonoro sándalo
de la viviente catedral del bosque.

Ahorase alza entre la sombra el canto
de plata de la Noche que se arrulla
de su honda teorba al armonioso encanto.

San José, Mayo de 1912.

EN EL DESIERTO

Con las sienes apoyadas en sus manos de alabastro
pensativo el hombre mira la extensión del hori-
zonte.

Por el aire va flotando, con la suave luz de un astro,
la mirada luminosa de la tarde sobre el monte.

Soledad de rubia arena con silencios de desierto,
nada más ante sus ojos, nada más ante su mente
de severo anacoreta, en su joven vida muerto
para el mundo de ilusiones que seduce, encanta y
miente.

Cuando el vuelo de la noche temblorosa de misterio
se agitó sobre las dunas, aquel hombre pensativo
escuchó un rumor de oleajes en las costas de algo
etéreo
un mugir de grandes monstruos, un rugir de mar
cautivo.

Su visión de anacoreta distinguió, sobre las dunas,
la esmeralda de las aguas de un océano perdido
resurgiendo, fulgurante con la luz de muchas lunas,
como el ascua de un recuerdo de la tumba de un
olvido.

California. 22 Dic. 1912.

TRÉBOL DE OLVIDO

La vieja casa en ruinas: las palmas están yertas
y todo en el jardín, que un tiempo fue un edén,
dejó solo un fantasma: las rosas están muertas
y nidos y perfumes murieron también.

El viento no tiene alas, la brisa no murmura
sus lánguidos acentos de ausencia y de temor:
parece que el silencio llorara sin ventura
la música sin notas de algún distante amor.

En bandas han volado los años, como garzas,
hurtándole las gracias rosadas al jardín:
el tiempo no ha querido rozarse con las zarzas,
por eso es que han vivido las zarzas hasta el fin.

Perdidas como trinos del ave que se ha muerto
se fueron las semillas que el hosco viento halló:

están muertas las voces del plácido concierto
que en noches argentadas aquel jardín oyó.

La lluvia riega allí las flores sin perfume
que crecen con las zarzas que el tiempo no hollará,
el agua del silencio sin ruido se consume
en torno de la muerte que allí velando está.

La tierra seca y dura que nutre esas espinas
nutrió un vergel de pétalos de espléndido color,
que dieron sus perfumes a bocas femeninas
cuando alguien les hablaba de dichas y de amor.

Por esas callejuelas regadas con arena
las horas de la dicha de alegre pie veloz
pasaron con sus trajes olientes a verbena,
alzaron los cristales vibrantes de su voz.

Con sílabas de esencias las ramas florecidas
cantaron temblorosas un cántico triunfal,
al paso de esas almas, al paso de esas vidas
que ya jamás se asoman a aquel destruido umbral.

Muriéronse los pétalos, las almas de las rosas,
los himnos y los vuelos del ave del amor,
tan sólo se han quedado las sombras angustiosas
durmiendo en el sepulcro su sueño embriagador.

Ternezas, juramentos, promesas y pesares
nacidos a la luz de lo eterno y lo inmortal

vivieron lo que viven los ramos de azahares
prendidos a las novias, en la mansión nupcial.

La tierra ya ha olvidado el pasear de los amantes
dichosos al contacto de seda de algún chal;
aquellos que pasaban contando los instantes
al son del agua fresca del viejo manantial.

El trébol del olvido aquí dejó su alfombra
tendida sobre un mundo de sueños que pasó;
parece que hasta el tiempo temiera aquí la sombra
de todo cuanto él mismo sonriendo destruyó.

La dulce Muerte triunfa, la dulce Muerte dura
y nunca su dominio profundo concluirá,
su aliento perfumado de rosas y ventura
encima de esta tierra difunta flotar.

Heredia. 5 Oct. 1906.

EL ÁRBOL HERIDO

Con alma de asceta se yergue vibrando
sin hojas ni frutos el árbol escueto;
en medio del parque solo él se levanta
como una columna severa de un templo.

Ni enreda, ni enflora en su tronco la rosa,
ni vierte un aroma en el nítido vaso
de luna y murmullos, de esencias y voces,
que lleva la noche temblando en sus manos.

Con hacha le hiere el sagaz jardinero
y es sangre la savia que llora en la herida:
el árbol se abate como alma en desgracia
y empieza a sentir el amor de la vida.

Un bálsamo de ámbar la herida restaña,
las ramas se visten sus trajes de bodas

y un día amanecen cubiertas de flores
sonriendo a los ojos de luz de la aurora.

Dolor jardinero, tú hieres el alma
a fin de bañarla en un llanto divino
que la hace enflorarse con astros y sueños
y oler a naranjos recién florecidos.

S. José. 12 Abril. 1910.

MARINA PONIENTAL

Hay un olor de yerbas
suspenso en las barbas sedosas del viento
salado del mar.
El verdor de las pálidas confervas
aceita el pelaje del rebaño de olas cuyo acento
es un perpetuo balar.

Alas de nubes rotas
causadamente reman y se ahogan
en el azul del mar y en el celeste azul.
Y entre esos dos abismos descansan las gaviotas
meaciéndose en la hamaca de las ondas, mientras
bogan
los crepúsculos—barqueros rezagados de la luz.

S. José. 15 Agosto. 1900.

ANSIAS

Hay melenas de alba espuma
en los hombros de las olas;
van nadando hacia la bruma
cenicienta de la costa.

Amorosas brisas cantan
en los mástiles del barco
y las olas se levantan
para oír mejor el canto.

Luego nadan, vuelan, se hunden
las sirenas de las aguas,
y mis ansias se confunden
con su rumbo y con sus ansias.

2. Enero. 1913.

TREGUA

El basalto de la roca, contrastado por las olas.
lanza un no, y altivo y duro, con sus manos como
prismas,
prende y rasga los corpiños verde-oscuros de las
olas;
pero luego, con furor, vuelven otras, o las mismas,
a roer en las rodillas aceradas del basalto
hasta hacer gemir la roca y abatirla desde lo alto.

Menos fuerte y más altivo que los prismas de la
roca
con las alas de albatrós fatigado me he tendido
sobre el pecho de la playa, donde el agua apenas
toca,
donde llegan solamente sus rumores o su olvido;
cuando venga la pleamar, con sus iras encendidas,
volveré tranquilo al mar con las alas extendidas.

S. José. 1. Oct. 1909.

POR QUÉ?

A *doña* ELSA DE ECHANDI

POR QUÉ? de Schumann.

«Por qué?»—dice esa música divina
enlazando a las del piano las voces del violín,
como se enlaza al olivete limonero
la amorosa enredadera del jazmín.

«Por qué?»—parece preguntar la voz del piano
y responder la del violín: «Porque lamento
la muerte de la flor en el balcón distante,
donde al claror lunar, al recitar del viento,
murmuraba algo de amor su traje blanco.»
Y el alma de aquel piano llorando su «por qué?»
subía por el llanto del violín como lo haría
por un rayo de sol, un rayo del aroma de una flor.

«Por qué? Por qué?»—gimiendolas dos voces
interrogan:—«Por qué estas infinitas
ansias de amor de lo divino? ¿Cómo
calmar la sed de las augustas almas
que van sobre la tierra con las alas
del arcángel, mirando hacia los cielos?
Por qué el dolor como una hiriente espina
en el tallo de rosas de la vida?
Por qué las islas de esmeralda enfrente
de la desolación de arenas de la desierta duda?
Por qué la tierra se convierte en música
de santo aroma en los fragantes nardos?
Por qué el perfume espiritual del alma
en el vaso mortal de nuestra arcilla?»
Y ahogada en llanto
la voz divina del violín moría,
oyendo la oración de amor del piano.

S. José. 14. Enero. 1911.

ELEGÍA

Cuando el traje de plata de la noche
se desliza entre los árboles, sacudiéndoles sus flores
de luna y de aromas, el viento sobre su harmonium
llora
la melancólica muerte de las rosas
al cariño de las fuentes del calor y de la vida;
y llora también el expirar de un día
de amor y de sol, de esencias y palabras,
sencillas y sinceras, como corolas de campánulas.

La joven se está yendo: su dolor es una lanza
vibrando en nuestras almas,
y su ¡ay! es un crepúsculo naciente
en las pálidas riberas de las aguas de la muerte.

La sombra, la piedad, las blancas horas
tañen sus arpas de dolor y lloran

ante esa madre de melancolía
que sólo sabe contemplar a la hija
que se va, como un crepúsculo de otoño,
en la barca de la paz, por el río del reposo.

San José. 1911.

LA PLANTA ENFERMA

De pronto comprendí.

La joven planta
en éxtasis sin fin, como una santa,
parece no mirar el amplio mundo
verde y azul de entorno. Hay un profundo
dolor de vegetal en ese tallo
indiferente al sol del mes de mayo,
indiferente al agua, al cielo, al viento,
con la resignación de un sufrimiento
muy íntimo, en un alma desolada.
Gemir se la oye a veces; pero nada
inteligible dice. Hay una amarga
conversación de música, una carga
de suavísimo olor en su presencia:
se exhala en un perfume su existencia
consagrada a morir tan lentamente
que no he podido, en su marchita frente,
reconocer su enfermedad más antes.

Tiene el color de todos los amantes.

Ríe un momento al sol, y luego, muda,
parece hundirse en una larga duda,
algo muy hondo, abismo de congojas
que hace temblar sus macilentas hojas
y estremecer su joven tallo. Siente,
en su abatido corazón de ausente,
como una vida de pasión ya muerta
en un pasado sin rumor, e incierta
desciende en su pesar, como la sonda
baja en el alma de cristal de la onda.

En torno de la planta la alegría
canta trinos de amor durante el día,
la pléyade fugaz de horas nocturnas
riega sobre los árboles las urnas
de una sutil quietud; pero la planta
enferma piensa y sufre y no levanta
ya más el corazón ni la cabeza:
ha bebido su savia la tristeza
en la edad de las áurcas lontananzas.
Sus hojas son fallidas esperanzas
que morirán con ella en ese olvido
de los humildes, de los que han sufrido
en el lapso de una hora una existencia
tachonada de cactus sin clemencia.

Se abre en la vecindad una sonrisa
de ventura y de amor, la misma brisa
sacude con cariño la melena
graciosa de otras plantas y envenena

de la enferma los últimos instantes
trayéndole perfumes de distantes
bosques felices que le dicen tanto
de una vida mejor, libre de llanto.

La enferma hace recuerdos: en su vida
nunca sintió una rama florecida
llamar las mariposas, dar perfume,
y ahora que su vida se consume
recuerda un más acá de lo presente
y llora en su interior, como una fuente,
sobre el regazo de la tierra amiga:
en su vida anterior ella fué ortiga.

Pedregal. Heredia. 22 Feb. 1908.

EL ÁRBOL POETA

La noche derramó su cabellera
por el cielo como una enredadera
de florecillas de oro. Las dos zarpas
de un viejo viento hieren en las arpas
que cuelgan de los árboles: las notas
de sus sonantes cuerdas, las ignotas
voces del césped que contempla el oro
de las estrellas, el brillante coro
de las risas del agua, todo embriaga
mi corazón y el pensamiento vaga
por los cóncavos senos del ambiente.

Me siento, y un grande árbol, frente a frente
de mí, me tiende sus flexibles manos.
Todos sus movimientos son humanos:
ese árbol siente, me contempla y piensa
no sé que pensamientos de una intensa
vida de árbol que inventa un mudo idioma

ideal, como un espíritu de aroma,
para cantar la reflexión secreta
de toda su existencia: es un poeta.

Como él sumerge el corazón al fondo
de las entrañas de la tierra, en lo hondo,
para sentir elaborar la vida,
para mirar el agua convertida
en lágrimas o en savia, sustancias
de minerales en las grandes ansias
de ascender a las cumbres del ramaje
o del ideal más alto del linaje
de los hombres: ese árbol es poeta.
Sus rumores traducen con discreta
sabiduría el alma de las cosas.
Cuando llegan las horas silenciosas
ese árbol vierte de sus propias manos
aromas—pensamientos infrahumanos
que por el aire diáfano se extienden,
y los seres de entorno le comprenden.

El alma del poeta es un follaje
que canta en el silencio de un paisaje
los secretos profundos del subsuelo,
la voz del aire en cuyo ondeante velo
prende el perfume del amor, la sombra
de una angustia mortal que no se nombra,
los ideales del hoy y del mañana:
su grande alma es toda el alma humana.

Heredía, 8. Set. 1907.

ÚLTIMO ADIÓS

Antes que tú yo dejaré la tierra
ya sin encantos para mí, bien mío.
Antes que tú, yo dejaré la tierra.

Estrechando mi frente entre tus manos
querrás adivinar mi pensamiento,
el postrer pensamiento de mi vida
que habrá de embalsamar tus blancas manos.

Tus labios posarán sobre mis ojos,
como una mariposa
sobre pálidos pétalos de rosa
y beberán la luz de mi existencia,
la única luz que derramé en tu senda
de azahares y de abrojos.
Mis manos, sin caricias,
se callarán cuando las tuyas hablen
con la única elocuencia
de su presión y su mortal silencio.

Y todo en mí, solemne, te habrá dicho
que fui feliz y que partí, tranquilo,
hacia los mundos inmortales
en mi barca de acacias sobre el Nílo
de las eternas, silenciosas aguas.

New York. 1912.

OFRENDA

*Al Maestro K. H.
Con mi más reverente adhesión.*

LA OFRENDA

Señor de Amor, mi lámpara votiva
sobre la urna de cristal de mi alma
consume los aceites de mi vida,
la esencia de mi ser en limpia llama.

Y vierto en su fulgor, como un incienso,
los vasos de perfume del pasado
para mirar, quemando, los recuerdos
que en otro tiempo acaricié por santos.

Ese trueno de mar que va corriendo
con sandalias de espuma por la playa,
no tiene ese rumor del pensamiento
que va cruzando el arenal de mi alma.

Van hacia tí, Señor de Amor, floridas
aspiraciones vírgenes cantando

con sus voces angélicas de liras
en busca de la sombra de tus pasos.

Tu Compasión las hallará algún día
esperando besarte en las sandalias,
y como olor se exhalará su vida
tras el rayo de luz de tu palabra.

San José Ag. 1913.

A MI MAESTRO

Maestro, ven, que tu sutil presencia
se derrame en los ámbitos de mi alma
como un perfume de exquisita esencia,
como un grato rumor de selva y de agua.

A veces junto a mí, sin luz, te siento
venir como vibrante sinfonía:
hasta el limpio silencio de tu aliento
inunda mi existencia de armonía.

Y tú me enseñas en secreto el oro
de este creador silencio del abismo
que vive en mí, como un sutil tesoro,
sepultado en el fondo de mí mismo.

En el límite azul de mi sendero
te miro como un sol, Maestro manso

de corazón, vertiéndome un reguero
de luz y de verdad que yo no alcanzo.

Maestro, ven, que tu presencia traiga
y ponga en mí su leal sabiduría,
que el bello sol de tu palabra caiga
sobre mi ser, como un hermoso día.

San José. 14. Ag. 1900.

LA VOZ DE MAGDALA

Aquí están, muertos ya, los turbios lobos
de mis deseos sobre el verde campo
de mi esperanza en flor y la pantera
de mi sedienta juventud, atada
al árbol corpulento de un ensueño,
se está sintiendo agonizar, cansada
de la cadena que la impuso ese Hombre.

Mi vida es una barca sobre un río
de aguas de amor; mas al izar la vela
de mi alma siento que el augusto nombre
del Nazareno va cantando en ella
con el encanto de invisibles arpas
de suaves tonos, al temblor del viento.

Voy a soltar esta mortal pantera
para que se eche ante los pies de su Amo.

Con la esencia dulcísima de mi alma
haré el unguento de olorosos nardos.

Será mi enamorada cabellera
pañó de amor para sus pies desnudos;
será todo mi espíritu un «yo te amo»
que ha de cambiar en ángel la pantera
y conmover el corazón del Amo.

Señor de Amor y Compasión, yo te amo.

San José. 5. Abr. 1912.

LÁMPARA VOTIVA

Vaso de amor! Estrella mía! Cuánta
sombra ha caído en la apacible senda
encendida de rosas y jazmines
que me llevaba a tí, sin esta tienda
de amor ni de dolor que el mundo ha abierto
en medio de los vírgenes jardines
de mi alma, iluminada con tu sombra!

Yo siento que te has ido, Estrella mía,
y que habré de tornar a aquel desierto
de tentación donde me hallaste un día,
al borde de la diáfana cisterna
de las silentes lágrimas; yo siento,
sagrada y casta luz de mi existencia,
que ha de volver a tí mi pensamiento
alzándose del fondo de mi vida
cual de la joven flor se alza su esencia.

Cómo juzgué que me bastaba el ansia
para llegar a tí, distante Estrella!
Cuán pronto se apagó tu casta lumbre
dentro de mí! Cuán pronto la querella
de mi alma subió hasta tu cumbre
a pedirte que encienda tu mirada
mi lámpara votiva a la constancia
para emprender de nuevo mi jornada!

San José. 24. Set. 1910.

DESPIÉRTATE, PASTOR!

Despiértate, pastor,
yo soy la luz del alba
que viene hasta tu puerta
para alumbrar en tu alma.

Despiértate, pastor,
y vente a la montaña
por donde se oye el canto
de una gran voz que se alza.

Despiértate, pastor,
yo soy la luz que llama,
yo traigo los tesoros
de la gentil mañana
para regarlos todos
en un rincón de tu alma.

Despiértate, pastor,
y vente a la montaña

para escuchar la música
de una Inmortal Palabra.

Despiertas las colinas
florecen y se exaltan
de amor y de alegría
ante esa voz que canta.

Por qué tú solo duermes?
Feliz pastor, levántate
para escuchar la música
de esa Inmortal Palabra.

Despiértate, pastor,
yo soy la luz del alba
que viene hasta tu puerta
para alumbrar en tu alma.

San José, 6. Jun. 1912.

RUINAS

Sentado el león en las arenas rubias
del cansado desierto lanza un grito
mientras por cima de las cumbres nubias
contempla en el azul del infinito
la argentada naveta del incienso
que en la urna de la noche está encendida.
Mas ese grito de dolor; inmenso
como un rumor de mar, lleno de vida,
es de menor profundidad que el hondo
lamento de la angustia de estas ruinas.
Luksores y Karnacks con Ipsambules,
pirámides y templos y palacios
de Susas y de Sardes y de Ayodias,
coronadas de cúpulas azules,
todo en mi corazón lo tengo en ruinas,
de cuyas piedras se alzan las salmodias
como alondras en banda a los espacios.

El Gengis Khan de un pensamiento vino,
como una tempestad, sobre los hombros
de una espantosa Noche y el Destino
dejó todas mis creencias en escombros.

San José, 15. Ag. 1913.

AURORA

En el oriente la graciosa luz levanta
su cabellera de oro tras la augusta selva;
el río lento, el pájaro, la joven planta
sonríen a la luz como a una reina.

Todo
se inclina hacia el oriente y todo alegre canta
por el retorno de su majestad divina.

De la colina en flor alzó la virgen brisa
la carga de perfume en su cendal de encaje
para regar la fragancia de una sonrisa
sobre la senda rosa que cruzará la Reina.

Cuando al oriente de la selva de mi alma
se alzó la cabellera de esta casta aurora
que ha venido a mi ser, cada hoja fue una flama:
todas las ramas del recuerdo florecieron
y germinó la siembra ideal de la esperanza.

San José. 20. En. 1911.

RELÁMPAGO DIVINO

Esta mañana levanté mi mente
como un ánfora azul hecha en zafiro
en demanda de luz para mi vida,
y se llenó de luz y de infinito.

Desde entonces el árbol de mi vida
se ha poblado de cantos y de trinos
y bástame mirar el alma mía
para sentir vibrando ese infinito.

Sé cosas nuevas que aprendí mirando
en mi interior, como en abierto libro,
y soy más fuerte y más alegre y siento
dentro de mí un relámpago divino.

San José, 27. Abr. 1912.

BRIZNAS DE CÉSPED

Sereno campo de serenos olmos,
dame un momento de descanso en tu alma:
quiero sentir este dorado otoño,
su aroma, su color y su palabra.

Este césped, regazo de las hojas,
surge con la atracción de algún misterio,
es como un pensamiento de la tierra
con color de esperanza y de recuerdo.

Cada brizna es un símbolo, un vocablo,
una urna de esmeralda con la esencia
viviente de la Luz, ante quien hablo
como ante una recóndita Presencia.

Aquí estás, Ley que eres Belleza y Vida,
filtrando luz para construir la forma.
Aquí, temblando de rubor, vestida
con encajes y velos de esmeralda,
estás, oh Vida Incógnita en las cosas,
hilando en luz las túnicas de tu alma.

Filadelfia, 27. Oct. 1912.

NO HA MUERTO PAN

Con pies de plata
la serena luna pasa
por entre los árboles, como una paloma blanca.

Hay un cristal que canta:
la joven fuente de garganta de agua.

Bañándose en aromas
se embriaga el aire y tiembla
como un álamo. Coros de dulces voces
van murmurando amores
al oído del viento que susurra.

«No ha muerto Pan y volverán los dioses»
está cantando en su rumor el agua,
con un susurro el viento,
con un suspiro mi alma.

Filadelfia. Oct. 1912.

LAS COSAS

Las cosas son las silenciosas urnas
que guardan algo de divino en ellas:
el fuego de la luz de las estrellas,
la mansedumbre de un fulgor de luna.
Las cosas son granadas de rubíes
abiertas para el ojo de la mente:
cantan en su interior y alegres ríen
como las limpias voces de la fuente.
Las cosas sienten el contacto humano,
caricias y desdenes, luz y sombra,
el calor amoroso de la mano
y el arrullo feliz de la paloma.
Las cosas son el pensamiento en pieles
de sorda piedra o de metal sonoro,
ideas impalpables, que se sienten
como un aroma en un reflejo de oro.
Las cosas tienen inmortal memoria,
espejos son que lo recuerdan todo,
cada una es un fragmento de la historia,
cada una es nota musical del Cosmos.

San José, 20. Jul. 1913.

EL FAUNO DUERME

Óvalos de oro sobre el césped. Sombra
y paz en el paraje, junto al río;
a través de los árboles, los ojos
de misterioso azul del infinito;
la barca de la nube, sin velamen,
despacio avanza al horizonte limpio.
El agua arrulla y la ribera duerme.
Duerme también el Fauno en su retiro.
Las siete notas de su flauta callan
con el largo temblor de un gran suspiro.
Se acercan las oreadas y las ninfas,
las náyades, y driadas, y los sílfos
a ver dormir al Fauno que respira
con el más santo aliento de los lirios.
La bella inteligencia de las cosas,
su forma viva y su sagrado ritmo,
la divina armonía de los mundos
despertarán cuando ese dios dormido,
coronado de pámpanos, despierte
en nuestra alma, mirando a lo Infinito.

San José. 19. Jul. 1913.

PESCADORES

Mar infinito de turquí cerúleo,
manso, profundo, reflejando cielos
infinitos también y lentos vuelos
de ronco alción, de alondra y mariposa.

Velas, como alas, sobre el agua sesgan:
barcas de pescadores son que lanza
la galerna con fuerzas de esperanza
sobre el divino mar que piensa a gritos.
Van en busca del ámbar y las perlas,
van en pos del tesoro de los mares.

Cuando el atento pescador descubre
alguna perla, el mástil de su barca
como una antorcha resplandece luego
y desde tierra la contemplan todos.

Ved aquel pescador; su barca es fuego
que alumbró el corazón del océano,
el rostro de los cielos y la tierra:

es la barca de Shakespeare
llevando su divino cargamento,
por entre ardientes pensamientos-faros,
hacia la costa azul del sentimiento.

Mar infinito de turquí cerúleo,
cuando sientes pasar las carabelas
de un pensador, tú pones en sus velas
el brillo de tus púrpuras y enciendes
Luz para él en las islas de tus mundos,
Mar infinito de turquí cerúleo!

Filadelfia, Oct. 1912.

LAS CANTERAS

El espíritu duerme en la cantera,
y, desplegada la creación, espera
por dentro de los mármoles la mano
que ha de infundirle un pensamiento humano
y abrir sus alas para alzar su vuelo.

En cada bloque existe una Victoria,
un Prometeo arrebatando al cielo
el fuego de los dioses y la gloria
de hacerse él mismo un redentor del hombre;
algún Apolo con la extraña lira
del Universo musical que suena
de mundo en mundo con rumor de mares;
tal vez un Zeus, de majestad serena,
que hace surgir lo eterno en donde mira;
quizá Atenea en cuya augusta frente
la casta Luz trabaja en bronce el arte;
quizá el Amor, que con su flecha ardiente,
lanzada de la tierra hacia los dioses,

más allá de la barca de la nube,
traza su escala luminosa de oro
por donde el alma enamorada sube
a llevar a los dioses su tesoro.

El espíritu duerme en las canteras
y una legión de pensamientos canta
por dentro de los mármoles humanos
la melodía inmortal de las esferas.

San José, 27. Ag. 1913.